

Llamarla democracia y que lo sea¹ Juan Carlos Monedero.

1. Introducción: la democracia como un movimiento que no cesa

Como en una suerte de desafío de la naturaleza, la inteligencia del ser humano se ha desarrollado más deprisa que la posibilidad de encontrar soluciones a los grandes desafíos. En un salto evolutivo, nuestras neuronas desarrollaron la capacidad de la consciencia y desde entonces estamos atrapados en una trampa que sólo podemos resolver de manera expresiva (el arte, la religión, el amor). Nuestro cerebro es capaz de expresar cosas para las que, dramáticamente, no tiene respuesta. Somos muy poca cosa atrapados en un cerebro que cuando se atreve a soñar nos empequeñece al tiempo que nos eleva. Sabemos que vamos a morir, pero no podemos evitarlo. Sabemos que tenemos que vivir juntos, pero nos cuesta conseguirlo. Sabemos que tenemos que cuidar a la naturaleza, pero nos vemos impotentes para alcanzarlo. Sabemos que cada ser humano es parte de nuestra humanidad, pero somos incapaces de alargar la mano para ayudarnos. La democracia es otro de esos sueños. Pero ese sueño democrático requeriría no seres humanos sino ángeles, algo que no somos. Y si fuéramos ángeles, tampoco haría falta la política porque no habría conflictos. La democracia, como la utopía de Galeano, sirva para ponernos en marcha.

Como la democracia es imposible, su búsqueda no puede ser sino un movimiento incesante. Una sociedad democrática es, precisamente, una sociedad en busca constante de la democracia. El ser humano es un animal especial que se piensa a sí mismo y a los demás en unos niveles incomparables en toda la naturaleza. Esa capacidad de mirarse desde fuera invita a la comparación y hace de la igualdad una tensión muy fuerte que tiene que ser solventada en el orden material o en el simbólico. Desde *La República* de Platón venimos inventándonos argumentos que justifiquen por qué la igualdad aún no ha llegado. En el orden práctico, la igualdad no es alcanzable pues la propia vida genera desigualdades de todo tipo (de clase,

¹ Algunas de estas reflexiones las he podido discutir en Espacio Público, ámbito de debate abierto en el diario madrileño Publico.es.

género, raza, belleza, fuerza, edad, simpatía, inteligencia...). En el ámbito simbólico, la desigualdad que exista en una sociedad puede justificarse pero sólo hasta cierto punto. Las desigualdades, especialmente las que tienen base en construcciones sociales, nunca son totalmente legítimas y cuando se dan, precisan de la violencia para poder garantizarse el orden social. El subalterno siempre termina por emplazar al poderoso y confrontar su privilegio. Es el motor de la historia. El movimiento hacia la igualdad, que va logrando cambios concretos, es, sin embargo, un anhelo conceptual, simbólico, existente solamente como idea. Suele reposar en las Constituciones, que se caracterizan, como los Parlamentos, por crear la ficción de la soberanía popular y frenar la emergencia del poder constituyente. Y por no cumplirse. En el siglo XXI, ni las Constituciones democráticas ni los Parlamentos emanados de elecciones logran ni el ahondamiento de los derechos ni la participación popular. Las dos instituciones que más debieran velar por la democracia, Constitución y Parlamentos, son las dos instituciones que hacen imposible la democracia. Lo cual no significa que no fuera peor en su ausencia.

En nuestras sociedades, hay una constitución formal, que no se cumple, y una constitución real, signada por la economía de mercado, que necesita para desarrollarse romper el ideal igualitario del constitucionalismo desarrollado durante el siglo XX. La expresión máxima de esta disociación es el llamado estado de excepción (convertido en la regla en las sociedades occidentales), donde se argumenta constantemente algún peligro para suspender las garantías democráticas (Agamben, 2004)². Pero vivimos en estados de excepción permanente. Frente a la democracia que debiera estar siempre reinventándose, un estado de excepción que congela el orden existente y condena a los subordinados a quedarse en esa zona de maltrato. Una contradicción extrema que difícilmente puede sostenerse. El poder califica al que protesta como bestia, terrorista, salvaje,

² La suspensión del orden jurídico, que debiera ser la excepción, se está convirtiendo en la pauta. Esto es así porque el orden neoliberal sólo puede existir desconstitucionalizando el orden constitucional basado en el estado social y democrático de derecho.

antisistema, con el fin de legitimar la represión. Pero la protesta alcanza a más de la mitad de la población. ¿Exterminar a la mitad de la población? Estamos en una guerra civil larvada. Porque la otra solución es que el miedo cambie de bando. De momento, sólo el poder se ha dado cuenta de este escenario.

2. Cuando recuperamos la democracia

Es bastante probable que las sociedades nómadas previas a la revolución neolítica fueran más democráticas que las actuales. Al estar compuestas de pocos miembros y ser todos necesarios para el grupo al desarrollar alguna habilidad, resulta intuitivo pensar que la coherencia del grupo era la garantía de su supervivencia. Al tener cada miembro alguna cualidad destacable útil para el conjunto, la forma asamblearia parece más eficaz que las formas representativas propias de las sociedades sedentarias. Hoy, pese a la sociedad de la información, estamos desconectados unos de otros, pues la tecnología nos ha separado de las causas de todo aquello que utilizamos (luz, agua, alimentos, bienes, residuos, etc.)

Democracia (*demos*, pueblo, y *cratos*, poder) es, etimológicamente, el gobierno del pueblo. Esto fue una novedad surgida en una pequeña zona entre el sur de Europa y el Asia oriental hace 2500 años. Cuenta Platón en su Protágoras que el apresuramiento de Epimeteo a la hora de repartir originariamente las cualidades entre los animales dejó a los seres humanos sin las habilidades que tenían otros seres vivos (rapidez, fuerza, vuelo, vista). Para compensar ese problema, los dioses concedieron a todos los humanos, sin distinción, el don de la **política**. No era poca cosa, pues junto a la **economía** y el trabajo que la procura, al lado de los **asuntos normativos** y las leyes de cualquier tipo que nos damos, acompañando a la **cultura** y a las identidades en donde nos reconocemos, la política es parte esencial de los asuntos relevantes de la vida social. Esta metáfora deja claro que cualquiera puede hablar de política, si bien, y tampoco es asunto de pequeña relevancia, deja sin responder a otra pregunta. Al ser también la economía, el sistema normativo y la cultura asuntos que conforman lo social ¿no debiéramos con la misma soltura opinar de esos ámbitos? Entonces, ¿por qué no lo hacemos

sin preparación y sí lo hacemos en cambio con la política?

La política, como aquella parte de la vida en común que tiene que ver con las metas colectivas que todos los miembros de una sociedad han de cumplir, es un ámbito social que nos obliga a posicionarnos a favor o en contra de los asuntos comunes. Como compensación, nos permite participar, aunque sólo sea opinando. Ante una decisión política –algo evidente en el caso de cualquier ley- sólo hay dos posiciones: estar en contra o estar a favor. Nadie es apolítico, pues si algo que es colectivo y obligatorio no se confronta se apoya tácitamente. Aunque se refunfuñe en la soledad del hogar. El que no desobedece ni protesta, obedece y asiente. Los asuntos colectivos se solventan en los ámbitos colectivos. Las “mayorías silenciosas” refuerzan el poder. Aunque maldigan, insistimos, en la tranquilidad de sus hogares. Tenía razón Nixón y tiene razón Rajoy cuando afirman que “la mayoría silenciosa” refuerza sus políticas.

La política puede beneficiar al conjunto de una sociedad o beneficiar a las minorías. Siguiendo a Aristóteles sabemos que las variaciones son escasas: el gobierno de uno, de varios o de todos. Y sus mixturas. El gobierno de todos que beneficia al conjunto de la sociedad lo llamaba *politeia*. A su degeneración, *democracia* (para el conservador Aristóteles, se trataba del gobierno de la chusma). Nosotros diríamos que el ideal es la democracia y su degeneración la demagogia (un populismo que apelara a los instintos del pueblo y no lo corresponsabilizara). En la lectura moderna, llamamos democracia, siguiendo a Lincoln, al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Es decir, al gobierno que emana del pueblo (no de los reyes ni de los dioses ni de los ricos), que lo ejerce el pueblo (de manera directa o a través de alguna forma de representación consentida) y para el pueblo (al final del viaje, todo el pueblo debe beneficiarse de manera equitativa de la vida social). La democracia tiene como objetivo la igualdad y usa para ello formas que expresen esa voluntad de autogobierno colectivo. Si el conjunto del pueblo tiene unas preferencias creadas, las decisiones políticas tienen que satisfacer esas preferencias. De ahí que sea prácticamente imposible que eso se ejecute o bien directamente por el pueblo (algo complicado por el problema del número) o sin alguna forma de elección por

parte del pueblo de los representantes que pongan en marcha esas políticas. Fórmulas que aparentemente puede parecer democráticas, como el sorteo, sólo valdrían si la persona escogida por ese azar estuviera dispuesta a ejecutar el mandato de esa mayoría, algo más loggable cuando la persona elegida ha manifestado esa voluntad y se somete a algún tipo de fiscalización continua.

Cuatro apreciaciones nada sencillas

Los problemas sociales existen socialmente cuando son expresados. Puede existir un 70% de pobreza y no estar en la agenda pública. Basta que los pobres sean invisibles o se vean a sí mismos como “perdedores”. La interiorización de los malos tratos por las mujeres hace que no existan como problema social los malos tratos. Ante la enunciación de un conflicto hay tres posibilidades: (1) solventar las causas del conflicto; (2) silenciar la enunciación del conflicto, logrando que vuelva a quedar sepultado; (3) maquillar el conflicto para que sin solventarse, su enunciación crítica -y, por tanto, su posible solución-, pierda fuerza.

Crear un conflicto y solventarlo tiene mucho que ver con el poder. Hay dos grandes maneras de entrar al poder: una, poco transitada, es pensar el poder como una capacidad colectiva vinculada a las ventajas de la agregación (poder para). Juntos podemos mover cosas que no podríamos desplazar en solitario. La otra interpretación del poder es igualmente una capacidad pero que puede ser individual o de un pequeño grupo y que tiene como objetivo lograr algo de los demás sin consideración de sus propios intereses (poder sobre).

Desde esa segunda perspectiva (poder sobre), en la ciencia política se distingue a su vez entre tres tipos de poder: la capacidad que tiene alguien de lograr que otra persona haga algo al margen de su voluntad (definición de Weber); la capacidad de alguien de lograr que alguien no haga algo aunque esa inacción lesione sus intereses (aportación de Bachrach y Baratz) y la capacidad de alguien de configurar las preferencias de otra persona (matiz muy relevante que introduce Lukes). Este último es el más difícil de combatir porque es invisible y choca contra la presunción de la libre autodeterminación de las personas (¿alguien va a saber mejor que uno mismo cuáles son sus intereses?). Para que exista democracia,

estos tres tipos de poder deben estar limitados. No puede haber democracia si no hay capacidad de deliberación en libertad.

Igualmente es importante entender que los conflictos sociales pueden venir de tres lugares que coinciden con las formas de conocer que tenemos los seres humanos: la ciencia, la estética y la ética. La ciencia nos dice lo que es verdadero o falso, la estética lo que es hermoso (o alegre o expresivo o comprensible o armonioso o musical) y la ética lo que, en términos de justicia, está bien o lo que está mal. De estos tres ámbitos, el que más ruido social crea es el de la justicia pues está siempre en tensión por las desigualdades (las diferentes cargas y la diferente distribución de las ventajas y desventajas de la vida social) y, más en concreto, por la percepción de las desigualdades que tenemos los seres humanos. Tenemos así diferentes puntos de vista sobre lo que las cosas son: disputas en la ciencia, en la lectura de la historia, en la existencia o no de lo que no se puede demostrar, en los efectos del uso de la tecnología, etc.-; también sobre los diferentes puntos de vista sobre las representaciones del mundo -recordemos que los nazis prohibieron el jazz o el arte expresionista, que la iglesia prohibía en Semana Santa toda música que no fuera sacra, que la risa o el humor pueden ser sancionados-; y, sobre todo, diferentes maneras de repartir cargas y beneficios de la vida social - hacer de la división técnica del trabajo una división social-. Todas estas diferencias son las que hacen interesante la democracia, ya que las desigualdes tensionan a las sociedades y las someten siempre al riesgo de la guerra civil (o cuanto menos de disturbios). La principal tarea de la política es evitar la guerra civil y, después, la guerra externa. Una invasión, una guerra, afecta a toda la sociedad. Las guerras son expresión máxima de la política: la guerra, dijo Clausewitz, es la continuación de la política por otros medios. La política, dijo Lenin, es la continuación de la guerra por otros medios. La política y la guerra afectan a todos los miembros de una comunidad. Las guerras, a su manera, son democráticas. Aunque no es cierto que los que las empiezan paguen por ellas.

Vivimos en un mundo donde la hegemonía es neoliberal, es decir, un mundo en donde el individualismo y la competitividad son el sentido común general. De una forma u otra, toda la sociedad se rige por criterios mercantiles (nunca han existido

tantos ámbitos convertidos en mercancías). Esta **mercantilización del mundo** llega, después de un siglo de luchar obreras, al ámbito del trabajo y se caracteriza por la **precarización laboral** (que genera una profunda frustración de estatus en la gente al ver disociado lo que tiene y lo que quiere en su desarrollo laboral) y la **desconexión** propia de la vida urbana y tecnológica. Estos tres ámbitos generan miedo, y el miedo es el caldo de cultivo de soluciones autoritarias (ajenas a la democracia). Convertidos en “empresarios de nosotros mismos” nos olvidamos de una idea de democracia como sustancia y la convertimos en mero procedimiento. Es decir, en un mercado político. Y no es lo mismo.

3. Mirar a Grecia para saber a qué llamamos democracia

La Grecia que alumbró la democracia era una sociedad de ciudadanos económicamente desiguales. Las tensiones sociales que generaba la desigual distribución de la riqueza social generó unos mecanismos políticos (es decir, colectivos y obligatorios) que tenían como objetivo disminuir las tensiones generadas por la existencia de ricos y pobres. El primer paso fue el establecimiento de la ciudadanía (donde no estaban las mujeres, los jóvenes, los trabajadores inmigrantes ni los numerosos esclavos) y después, la puesta en marcha de mecanismos de participación, de deliberación y de decisión. Mientras que la Constitución norteamericana de 1787 estaba redactada por propietarios y, por eso, hizo énfasis en la libertad, las reformas puestas en marcha por Clístenes en el 508 a.C., buscaban dar herramientas a la mayoría para enfrentar los problemas sociales ligados a la desigualdad. Dos palabras son clave en la democracia griega: *isonomía*, es decir, la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos (desde esta exigencia va a construir el liberalismo la división de poderes como garantía de esa igualdad), y la *isegoría*, esto es, la igualdad de los ciudadanos de defender en el ágora -en la plaza pública- sus propios intereses. Los griegos diferenciaron el ámbito privado (vinculado al oikos, es decir, la casa y su gestión) y el ámbito público, que se construía rompiendo las cadenas heredadas de la antigua norma aristocrática: las de la culpa y las deudas, las del odio y la violencia, las de la venganza y la revancha. Con esta separación nacía la

idea de que existía un “bienestar público” diferente del “bienestar privado” y que reclamaba unas reglas diferentes. La democracia griega buscaba darle a los pobres herramientas para disminuir las desigualdades sociales, gestionando las mayorías (el 99%) el bienestar colectivo, participando en la plaza pública de la definición de los problemas y de la enunciación de su posible solución.

4. La muerte de la democracia

Desde sus orígenes y hasta hoy, la democracia ha estado sometida a la tensión de dos grandes fuerzas: (1) la tensión entre los intereses individuales -o de un grupo- y los intereses colectivos (base de las desigualdades); (2) y la tensión entre la representación y la gestión propia de los asuntos particulares (es decir, entre la delegación a unas minorías de los asuntos que afectan a todos los individuos o la gestión de los mismos por cada cual). Decía con razón Rousseau que sólo se representa lo que no está. Por tanto, si se representa al pueblo, el pueblo no está. La representación es contraria a la democracia. La única democracia posible es la democracia directa. De ahí que uno de los principales teóricos contemporáneos de la democracia, Robert Dahl, dijera que nuestros sistemas debieran llamarse “poliarquías” en vez de democracias (el concepto no tuvo éxito). Ahora bien ¿es posible la democracia directa? Es lo que se llama el “problema de las escalas”. No es igual la democracia local -como la griega- que la democracia en los Estados modernos. El Estado, desde que nació a finales del siglo XV, fue representativo: unos pocos representan a todos. Por eso, el Estado, por definición, es un freno a la democracia y, al tiempo, la palanca más poderosa que se puede tener para establecer la democracia. En esas contradicciones vivimos. La democracia absoluta es un ideal imposible. Pero sirve para marcar la pauta hacia donde se debe ir si en verdad se quiere hablar de democracia.

A través de diferentes hitos intelectuales, desde la Revolución Francesa y a través del desarrollo del pensamiento liberal, la democracia ha ido convirtiéndose en representación. Votar cada cuatro años. Rousseau decía «El pueblo inglés cree ser libre, pero se equivoca; sólo lo es durante la elección de los miembros del Parlamento; una vez elegidos, se convierte en esclavo, no es nada». De hecho, a

los diputados, mandatados por el pueblo, los llamamos equivocadamente “mandatarios”, y nosotros, el pueblo soberano, ahora somos los mandatados. Pero la existencia del representante libera a la gente de la obligación de dedicar tiempo a los asuntos colectivos. Algo de agradecer cuando se trabajan tantas horas al día, cuando hay tantos estímulos para el consumo, para la “realización personal”, para “invertir en uno mismo”. Cuando delegamos la posibilidad de la democracia entregamos la posibilidad de construir la democracia. Y revertir esa delegación parece una tarea realmente difícil.

5. Riesgos y potencialidades en los comienzos del siglo XXI

Las necesidades de reproducción del capital necesitan “desconstitucionalizar” el Constitucionalismo de posguerra (Ferrajoli) y reducir la participación de una ciudadanía que se hizo más consciente y, por tanto, más exigente. Las garantías del Estado social y democrático de derecho van en contra del actual modelo neoliberal y el capitalismo de depredación en curso (en un momento donde no se puede seguir explotando pacíficamente a los países del sur, a la naturaleza o a las generaciones futuras) e, igualmente, las muchas exigencias sobrecargan al Estado que, de no disponer de recursos, termina colapsando. El vaciamiento del Estado social con las privatizaciones y los recortes, la disminución de los asuntos sobre los que se decide en las elecciones (por ejemplo, la política económica) o la partidización de la justicia, necesaria para sostener la cartelización de los partidos políticos, rompen ese paréntesis conocido como “edad de oro de la socialdemocracia” (1945-1973). Añadamos que después del 11-S de 2001, hay un “derecho del enemigo” que puede llevar a la ejecución de crímenes de estado presentados sin embargo como hechos heroicos (asesinato de Bin Laden, de Gadafi, de palestinos, etc.) o a la persecución de personas que ayudan a la democracia (Assange, Manning, Snowden). Al ser cierto que las luchas de ayer son los derechos de hoy, la ausencia de conflicto político de calado en occidente desde 1968 explica por qué, especialmente después de la caída de la URSS, ha significado una progresiva pérdida de derechos que se va viendo de manera “natural”.

6. Soluciones controvertidas

Para que haya democracia tiene que existir capacidad de deliberación, capacidad de decisión y capacidad de ejecución de políticas públicas. Tres elementos que estaban perdidos (y que gracias a Internet parece empezar a revertirse, especialmente por lo que implica de posibilidad de consciencia alternativa). La realidad invita al pesimismo: está el problema del aumento de la desigualdad, que quita capacidad, interés y tiempo para dedicarnos a la cosa pública, está la cartelización de los partidos (todos cumplen una serie de comportamientos similares que les alejan de la política de la calle y les entregan a las instituciones), está la desaparición de espacios para debatir y elaborar políticas públicas, está el hecho de que la libertad de expresión ha sido ocupada por las empresas de medios de comunicación.

Los políticos y los periodistas han perdido el control del monopolio de la representación ciudadana. Añadamos que también la universidad y la escuela han perdido el monopolio del conocimiento, al igual que la religión ha perdido el monopolio de la trascendencia. Sólo el sector financiero sigue teniendo el monopolio de la riqueza monetaria. La unión de un Estado que no rinde cuentas, de corporaciones económicas (donde se cruza el mundo financiero, los gigantes informáticos –Google, Microsoft, Skype, Facebook, Twitter- y los servicios de inteligencia y militar público y privado), y de medios de comunicación que “privatizan” la información, construye un entramado muy consistente donde las minorías tienen más poder, en todos los sentidos, que las mayorías.

La reinención de la democracia tiene cuatro espacios: (1) democracia en los ámbitos de la representación. Esto afecta a los partidos -su democracia interna y su financiación y el empoderamiento de los militantes-, a todo el entramado del Estado, con especial atención a los jueces -que tienen que estar controlados por la ciudadanía y responder ante ella-, y a los gastos y la financiación públicos y de los intermediarios políticos -es decir, a los asuntos de la transparencia-; (2) democracia en los ámbitos de la vida social (que afectan al ámbito doméstico, al derecho a la ciudad, a la fábrica o la empresa y a la colonización cultural que

proviene de la globalización. Igualmente está aquí la democracia vinculada a la defensa común de los bienes comunes, con especial atención a los medios de producción colectivos y al medio ambiente); (3) democracia en los ámbitos de la deliberación (con nuevas formas de democracia ligadas a la información y la comunicación). (4) Y, finalmente, democracia vinculada a la elaboración y evaluación de políticas públicas y de control de la gestión política (referéndum vinculante, iniciativa legislativa popular con garantías, referéndum revocatorio de los cargos públicos, etc.). Dentro de este ámbito está la base democrática de todas las demás posibilidades: un proceso constituyente que establezca de manera participada y corresponsable los elementos compartidos del nuevo contrato social.

6. ¿Quién dijo que la democracia era sencilla?

Los partidos políticos se han convertido en empresas de contenido ideológico cuyo fin es acceder al poder estatal y, desde ahí, poner en marcha políticas públicas y gestionar el aparato administrativo. Esta novedosa función es un signo más - aunque de gran importancia- del cambio de los tiempos y de la creciente participación del Estado en la gestión de la vida social (pensemos que gestiona, en el ámbito de la UE, la mitad del PIB de nuestros países). Atrás quedan esos partidos de masas, muy ideologizados, con predominio de la militancia, llenos de debate político y de compromiso en todos los órdenes con la transformación (discusión en el partido, en la fábrica, en el tiempo libre, financiación a través de las cuotas, apoyo a los medios de comunicación partidista, confrontación clara con el adversario). Los partidos se han cartelizado (expresión de Katz y Mair), de manera que quien no cumpla con los mandatos del cártel, es expulsado. De acuerdo con los tiempos, su *modus operandi* se ha mercantilizado. Viven de las subvenciones públicas y de la financiación privada (en España, el 100% de los tesoreros del PP han sido imputados por corrupción), el marketing es más importante que la ideología, ligan su suerte más a tener de su lado medios de comunicación que sindicatos, el partido se identifica con el liderazgo y hay una creciente funcionarización de sus militantes. De hecho, la estructura del partido se

sostiene sobre militantes que son funcionarios del partido y que, en sus ámbitos de dirigencia, son también cargos públicos (concejales, alcaldes, diputados, senadores, eurodiputados, presidentes de comunidad autónoma, ministros, presidentes de gobierno, presidentes de empresas públicas, de organismos autónomos, representantes en instituciones financieras, en organismos europeos...).

Este funcionamiento de los partidos ha ido mimetizándose con la hegemonía del pensamiento neoliberal en nuestras sociedades. El neoliberalismo -expresión que nace en los años treinta del siglo XX buscando incorporar al Estado a la lógica capitalista tras el fracaso del *laissez faire*- ha ido construyendo un tipo de sociedades que se resume en su voluntad ya señalada de convertir a cualquier ciudadano en "empresario de sí mismo".

Trasladar a la sociedad el funcionamiento del mercado (individualismo y competitividad) socava la confianza que es la base de la vida social (cada ciudadano compite con los demás en todos los ámbitos), de manera que, como decía Karl Polanyi, la economía de mercado termina creando una sociedad de mercado. El individualismo competitivo presente en la sociedad delegó en los partidos la gestión de lo común, cosa que hicieron prestándole creciente atención a la gestión de sus intereses particulares. Es indudable que los partidos -sus dirigentes en concreto- han prosperado más que la media de la población. Cuando ha llegado la crisis, las desigualdades entre unos políticos muy cercanos al poder económico y el ciudadano común, ha vuelto a cobrar fuerza la reflexión sobre justicia y se ha señalado a los partidos como parte del problema. Sin embargo, al igual que se queda sin horizonte de sentido el que sale de la iglesia después de haberle entregado a la misma la gestión de la trascendencia, la renuncia a los partidos no implica sin más la recuperación de la política. Cuestionar a los partidos no implica recuperar la gestión de los asuntos colectivos. De hecho, de la misma manera que quien delega se sitúa en una posición de *in-fante* (el que no fona) que tiene una peculiar relación con los adultos, el ciudadano que ha delegado la política es incapaz de ver que su enfado con los políticos reside precisamente en esa delegación. Es común que se exija a los políticos que sean unos líderes

preclaros que tomen decisiones y, al tiempo, se exige que no hagan nada al margen de los ciudadanos; se exige a los políticos que tengan firmeza ideológica y también que sean muy flexibles y acierten siempre en encontrar el justo término; que sean seres excepcionales y, al tiempo, desborden con su humildad. Una de las dos partes de cada exigencia es incompatible con la otra si existe delegación. Por tanto, el problema no son los políticos en sí, sino delegar la política en ellos.

La reinención de la política pasa por saltar tres grandes muros. Uno es el de las contradicciones nacidas de la lucha entre reforma, revolución y rebeldía (socialismo, comunismo y anarquismo), que sólo se solventa sumando estas tres *almas* y buscando *desbordar* el sistema utilizando su propio impulso (algo imposible de hacer desde una sola de esas tres miradas). El segundo muro lo levanta el 10% que está quebrando el contrato social de posguerra acabando con la fórmula estado social y democrático de derecho. La corrupción, las desigualdades, el trasvase de renta de las mayorías a la minorías, la impunidad penal, el control de los medios, la legalización de los privilegios, el fin de la participación, la explotación laboral, el hurto y la desposesión sólo son superables si el miedo cambia de bando (que el poder sepa que en esa dirección sólo vendrá un estallido social). El tercer muro, que es el que permite que exista la política cartelizada, lo constituye la *mayoría silenciosa*. Esa mayoría silenciosa vive, como hemos apuntado, en el miedo que produce un mundo mercantilizado donde todos, convertidos en cosas, podemos ser triturados en el sistema. Un mundo sin alternativas visibles que apenas deja huecos para intercambios que no sean entre dinero y mercancías. Contribuye también a crear esa mayoría silenciosa el miedo que produce la precarización laboral (no olvidemos que durante los últimos dos siglos hemos sido aquello en lo que trabajábamos y que nuestra subjetividad estaba vinculada a nuestro puesto de trabajo). Ese mundo que discurría sin grandes transformaciones (pese, incluso, a las guerras) ha dejado paso a un mundo de inseguridad donde un error o un golpe de mala suerte te lleva a la casilla de salida o te expulsa para siempre de la posibilidad de ser ciudadano al no tener trabajo (hay gente que entra en quirófano con el único objetivo de ser más

empleable). Al ser el ser humano un *zoon politikon*, tenemos que entender que los cambios antropológicos de nuestro mundo tecnológico y urbano también están operando cambios profundos en nuestra manera de enfrentar la vida y dotarla de sentido. Volvamos al miedo profundo que genera la paradoja de que vivimos desconectados en una sociedad de la información. Esa desconexión pasa por no saber quiénes son nuestros vecinos, sustituir a los demás por tecnología y, también, ignorar de dónde viene lo que nos permite hacer la vida. Estar aislados nos da miedo. El conjunto del miedo es el caldo de cultivo de las respuestas autoritarias y de la imposición del principal mandamiento neoliberal: no hay alternativa. El muro de la mayoría silenciosa se supera ayudando a desaprender y reaprendiendo de manera colectiva. Pero esa ruptura del sentido común neoliberal sólo puede lograrse emocionando a esa mayoría con la posibilidad de un mundo más atractivo. Hay que acabar con la Ilustración desde todo lo mejor que nos ha enseñado la Ilustración. Ahí aparece la necesidad de rebajar los contornos de lo imprevisible. Los liderazgos -en plural- tienen como misión reducir incertidumbre en un mundo en transición. La ausencia de liderazgos sólo va a ser sustituida en el corto plazo con mayores dosis de resignación y autoritarismo. Pese a que se argumente que los liderazgos son fuente de resignación y autoritarismo. ¿Puede solventarse esta paradoja de que sea el liderazgo el que termine con los efectos nocivos del liderazgo?

Recuperar la política -las metas colectivas con las que nos obligamos- implica dejar de mirar solamente a donde nos dicen que hay que mirar (por ejemplo, en una manifestación de centenares de miles de personas, mirar en actos de violencia cometidos por una minoría); implica convertir todo el dolor en conocimiento estableciendo su origen y sus causas (para lo que es esencial entender que las cosas pueden ser de otro modo o que, al menos, sabemos perfectamente que lo que hay no nos gusta ni para nosotros ni para los demás). E implica renunciar al encanallamiento ciudadano. No de quien ha vivido por encima de sus posibilidades, sino de quien ha vivido por encima de sus necesidades. El encanallamiento de habernos creído que somos una sociedad de propietarios con derecho a desinteresarse de la marcha del mundo. Por tanto, mirar donde no

solemos, atrevernos a interpretar el dolor y abandonar el encanallamiento. Que se suman a todo lo anterior.

No es tarea fácil. ¿Pero quién dijo que la democracia era sencilla?

Final: las herramientas previas para lograr la democracia

Hace falta rebajar la incertidumbre en un mundo confuso. Para que eso no lo haga un líder o partido autoritario, xenófobo o nacionalista autoritario, hay que buscar soluciones. Para conseguir la democratización en los ámbitos señalados, en un mundo donde el sentido común es neoliberal, hacen falta los siguientes asuntos: liderazgos -en plural, que emerjan de las propias luchas sociales; organizaciones sociales que se articulen de manera autogestionada (y que para sumarse a otras organizaciones deberán asumir algún tipo de representación). Y formas tradicionales de representación, donde van a seguir siendo necesarios, al menos en el corto plazo, partidos políticos. Hace falta democracia en los ámbitos clásicos del Estado liberal y en el ámbito experimental de las nuevas formas políticas autogestionadas. Si ha cambiado el contrato social de posguerra por la imposición del modelo neoliberal, hay que reinventar el contrato social. En tiempos de crisis, la incompatibilidad entre capitalismo y democracia se hace evidente. De momento va ganando el capitalismo.

No caben engaños: si ha cambiado el estado nacional, la economía nacional, la capacidad de hacer valer la ley y de cobrar impuestos, de controlar el armamento, de dejar de devastar el planeta, y, al tiempo, el desarrollo tecnológico abre posibilidades inéditas, hay que reinventar la organización política. No desde lo abstracto a lo concreto sino, muy al contrario, de lo concreto a lo abstracto. Partiendo de los derechos humanos esenciales de cualquier persona, empezando por el derecho a alimentarse. De ahí que la democracia ahora mismo pasa por reinventar un nuevo contrato que de respuestas a la necesidad de repartir el trabajo, de otorgar una renta básica universal, de terminar con el modelo de crecimiento depredador de la naturaleza, de cohonestar las necesidades particulares con las necesidades del resto del planeta y de las generaciones

futuras. Y eso se logra con una ciudadanía consciente que ha tomado democráticamente sus propias decisiones. Es decir, a través de un proceso constituyente emanado desde abajo. Hay que darle la vuelta a la tesis XI sobre Feuerbach de Marx: para transformar el mundo hay que volver a interpretarlo.

En los últimos años han ganado predicamento los planteamientos de Rodrik según los cuales la globalización, la democracia y la soberanía nacional no son compatibles (nada que no estuviera ya planeado en la llamada “crisis de legitimidad” de los años setenta). Sólo podrían funcionar dos de esos elementos: si hay democracia y globalización, no podría haber soberanía nacional; si hay soberanía nacional y democracia no podría haber globalización. Y si hay globalización y soberanía nacional, no podría haber democracia. Este estado de cosas tiene el problema de que no considera el conflicto como un regulador de la realidad política. Es por eso que desde las élites financieras y políticas se esté apuntando al ámbito supranacional como un asunto que elimine la soberanía nacional como precio para salvaguardar la democracia. Coincide así con las tesis de Hayek cuando planteaba que era más fácil acabar con el estado social desde el ámbito internacional que desde los ámbitos nacionales, donde la democracia es una exigencia que la ciudadanía identifica y se atreve a plantear. De los tres elementos ¿cuál es más relevante? Parece evidente que, como empezábamos, la democracia es un valor superior, pues la globalización no es sino un desarrollo de los muchos posibles de la economía, mientras que la soberanía nacional es también un resultado histórico (no siempre han existido estados nacionales). Se trata, por tanto, de salvaguardar la democracia. La idea de gobernanza es un trágala que obliga, en nombre de la estabilidad, a presuponer que hay más democracia de la que realmente hay. En la Unión Europea, es la Unión Económica y Monetaria quien dobla el brazo a los aspectos políticos, de manera que lo económico, definido previamente por las élites políticas, supeditada a la democracia (no a la política). Sin embargo, si fuera cierto, como plantea Sánchez Cuenca (2013) que “nadie concibe un sistema distinto al formado por mercado, propiedad privada, libertades y Estado de derecho”, lo más que cabría esperar es un gobierno tecnocrático cuya clave para el éxito fuera convencer a la ciudadanía

de que los logros alcanzados coinciden con el máximo alcanzable. El desvío entre el sueño de la ciudadanía y lo alcanzado en cada sociedad generaría el descontento que volvería a levantar el sueño de la democracia, esto es, el sueño del autogobierno del pueblo camino de lograr el reparto equitativo de los logros de la vida social.

Por tanto, la democracia se la juega inventando ese mundo alternativo que demuestre la fealdad de la democracia realmente existente. No hay otra solución que desaprender los mantras de los últimos cuarenta años (desde la crisis del keynesianismo) y reaprender de manera colectiva las soluciones políticas en un mundo que está necesariamente conectado no solamente por la globalización, sino por la evidencia de que el planeta tierra, del que ya hemos inutilizado media parte, no soporta más golpes. Al sentido común neoliberal se le combate desde nuevas formas de emoción política que se atrevan a cambiar las bases del sistema, no con frías fórmulas de patriotismo constitucional que movilizan menos que una final de fútbol. La gestión de ese nuevo contrato social va a necesitar de dos vectores. Uno representativo encargado de armar un estado social y democrático de derecho que merezca ese nombre. Con capacidad fiscal y redistribución de la renta (no mera distribución de la renta, como han hecho los países de la nueva izquierda latinoamericana), con transparencia, revocación de mandatos, democracia interna, referéndum vinculante y formas de democracia electrónica cotidianas. Y con una división de poderes real con jueces sometidos a la fiscalización ciudadana (no de partido ni corporativa). Al lado de este vector representativo, y siendo conscientes de que la representación es contraria a la democracia y genera siempre degeneraciones autoritarias, hay que desplegar un vector experimental que imagine y ponga en práctica la democracia del siglo XXI. Que haga de contrapeso de la representación con la participación, que impulse la economía social, que fiscalice el buen uso de los bienes comunes, que se base en la autogestión, que supere los cuellos de botella de los estados nacionales y, al tiempo, los haga más útiles, que ponga en marcha en tantos ámbitos como sea posible la idea de la subsidiariedad (que lo que pueda hacer el ámbito menor no lo haga el mayor), que termine con el poder omnímodo de las grandes corporaciones

y de las finanzas internacionales y acabe a su vez con el sometimiento de la política a los intereses de los mercados. Que recupere la soberanía nacional (desde esa perspectiva autogestionaria) para recuperar la democracia y que empiece a pensar un nuevo orden internacional basado en ese respeto a la posibilidad de la emancipación (lo que implicará empezar en nuevas formas de integración regional que, en el caso de Europa, empezarán por asociaciones de los países del sur). Y que, para lograr todo eso, cambie la falsa idea del consenso en la que se basa el concepto trampa de la gobernanza por una idea de conflicto que asuma que las sociedades sólo caminan hacia la igualdad y la emancipación a través de la tensión entre los individuos y el colectivo.

Bibliografía

Boyd, Andrew y Mitchel, Dave Oswald (eds.), *Bella revuelta. La caja de herramientas para hacer la revolución*, Santander, Ed. Milrazones.

Jaúregui, Gurutz (2013), *Hacia una regeneración democrática. Propuestas para la supervivencia de la democracia*, Madrid, Catarata.

Monedero, Juan Carlos (2014), *Curso urgente de política para gente decente*, Madrid, Seix Barral.

Pisarello, Gerardo y Asens, Jaume (2013), *La bestia sin bozal. En defensa del derecho a la protesta*, Madrid, Catarata.

Rodrik, Dani (2011), *La paradoja de la globalización*, Barcelona, Ed. Antoni Bosch.

Sánchez-Cuenca, Ignacio (2013), *La impotencia democrática. Sobre la crisis política en España*, Madrid, Catarata